

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: JUAN 14,15-21



Domingo sexto de Pascua

□*Hecha la tierra cielo, será posible hacerse en mí vuestra voluntad*□
(Camino 32,2).

Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. La experiencia de unión con la Trinidad no se consigue a fuerza de brazos, es puro regalo del que es amigo de dar y de darse por entero. Creer que es posible vivir en nosotros esta comunión con la Trinidad es obra del Espíritu. El Padre nos quiere tanto, que el regalo (el Espíritu) que le dio a Jesús, nos lo da a nosotros. El Espíritu es compañía del orante, verdad y alegría en la interioridad, suavidad y dulzura en las fatigas por vivir el Evangelio, vida en medio de la muerte, novedad inagotable. El agradecimiento, el asombro, el canto y la alabanza, el servicio a los que más lo necesitan, son la mejor manera de responder a esta gracia desbordante. *Ven, Espíritu Santo, renuévalo todo, deja el mundo*

vestido de gracia y hermosura.

Vosotros le conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros. ¿Cómo convivir con el misterio de la Trinidad en nosotros? ¿Cómo entendernos con esta presencia amorosa viviéndonos por dentro? ¿Cómo percibir el vigor, la belleza, la fecundidad, la alegría de Dios en nosotros? ¿Cómo experimentar que no estamos solos y que la soledad del corazón es sonora? El Espíritu, que se hace presente con sus músicas y danzas y se desborda en nuestra interioridad con sus dones, nos comunica estas verdades en lo más íntimo. A nosotros nos toca acoger el misterio que se nos viene encima, abrirnos a su presencia, dejarnos hacer. *Me acerco a mi vida y me descubro habitado/a por tu presencia amorosa. Un gran silencio adorador se produce en mí.*

Sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. ¿Cómo vivir? ¿Cómo entender la vida? Jesús ha venido para regalarnos la presencia amorosa de la Trinidad. Gracias al Espíritu, que mantiene viva esta presencia sorprendente e inesperada en el corazón, ya no sabemos mirarnos ni mirar nada sin mirar a la Trinidad, ya no queremos vivir sin tan buen amigo al lado. Podemos tratar con Dios, porque Él habita nuestra morada. *De una forma misteriosa, Tú me regalas la ternura, me fortaleces para dar la vida, pones en mí el deseo de repartir gratuitamente los dones que me has dado. ¡Bendito y alabado seas por siempre, mi Señor!*

Al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él. La oración es diálogo de amor entre dos presencias, la de Dios y la nuestra, entrelazadas por dentro. El amor es la etiqueta de garantía de toda oración. El amor es el agua que brota, inagotable, de la fuente, por habernos dado del todo al que se nos da por entero. La vida de los orantes cambia por completo, ya solo amar es su tarea. *Señor Jesús, te revelas a mí y tus dones me enamoran. ¿Qué te podré dar yo? Solo el amor, solo el callado y asombrado amor. Aquí está mi vida. Todo te lo doy, Señor. Gracias.*

CIPE □ Mayo 2011



Cipepar

www.cipepar.org